

PLAGAS DE EGIPTO.

Primera plaga.

Moisés y Aaron se presentaron por tercera vez á Faraon, y le intimaron de parte de Dios que diese libertad al pueblo de Israel. Faraon se niega, y viene sobre su reino la primera calamidad. Al contacto de la vara de Moisés todas las aguas de Egipto se convirtieron en sangre por espacio de siete dias, y los Egipcios precisados, ó á perecer abrasados de la sed, ó á beber de estas aguas espantosas, corrieron á hacer excavaciones en las orillas del rio para sacar agua, que filtrada y trasmanada por la arena, pudiera beberse; pero aun así salia ensangrentada y causaba recios dolores, de modo que todo el reino se vió afligido en extremo ó por la sed ó por el espanto y dolores que el agua ensangrentada les causaba. Cesó á los siete dias esta terrible plaga, y con esto el corazon de Faraon se endureció y Moisés y Aaron no fueron oidos.

Segunda plaga.

Moisés por órden del Señor se presentó la cuarta vez á Faraon pidiendo la libertad de Israel, y negándose el rey á concederla, Moisés y Aaron hicieron que todo Egipto se cubriese de ranas, y se llenó de ranas el palacio del rey, sus aposentos, sus camas, su trono, sus mesas y sus alimentos. Lo mismo sucedió en toda la corte y en todo el reino. El asco, la infeccion y el horror que causaban era intolerable, y el soberbio Faraon se vió precisado á humillarse á llamar á Moisés y Aaron, y á

suplicarles que pidiesen al Señor que librase á él y su reino de esta plaga, y dejaria ir al pueblo. Moisés oró al Señor, y murieron todas las ranas. Luego que Faraon se vió libre de ellas, endureció mas su corazon y no dejó salir al pueblo.

Tercera plaga.

Moises por órden de Dios, y sin presentarse esta vez á Faraon, hizo que se cubriese todo Egipto de cínifes tan molestos, que ni los hombres ni las bestias podian sufrirlos. Todo el polvo de Egipto se convirtió en cínifes, y cubrieron como una espesa niebla todo el reino. Aquí los hechiceros de Faraon le hicieron presente: que aquello era cosa de Dios, y que era preciso rendirse. Pero Faraon se endureció mas y mas, y no dió libertad al pueblo.

Cuarta plaga.

La plaga anterior no fué sino una precursora de esta cuarta que iba á ser mucho mas violenta. Moisés por órden de Dios se presentó la quinta vez á Faraon pidiendo la libertad de Israel, y negándose Faraon hizo venir sobre el palacio, sobre la corte y sobre todo el reino una plaga de moscas pesadísimas y tan venenosas y pestíferas, que Faraon se vió precisado á llamar por segunda vez á Moisés y Aaron y á prometerles la libertad de Israel, si le libraban de esta plaga intolerable. Oró Moisés al Señor, y cesó este castigo; pero Faraon se endureció de nuevo, y no dió libertad al pueblo.

Quinta plaga.

Moisés, por órden de Dios, se presentó la sexta vez á Faraon pidiendo la libertad del pueblo de Israel, y ne-

gándose Faraon, hizo venir la peste sobre los animales del campo, y murieron todos los ganados del campo, los caballos, jumentos, camellos, vacas y ovejas de los Egipcios; pero ni una sola bestia murió de los Hebreos. Ninguna de las plagas que van referidas ni de las que restan tocó al pueblo de Israel. Faraon envió á saber y supo que ni una sola res de los Hebreos habia muerto. Sin embargo de este prodigio, su corazon siguió en su endurecimiento y no dejó salir al pueblo.

Sexta plaga.

Moisés y Aaron se presentaron á Faraon por orden del Señor la sétima vez, y sin hablarle de la libertad del pueblo, Moisés arrojó ceniza hácia el cielo, y en todo Egipto los hombres y los animales caseros se hallaron cubiertos de úlceras cancerosas que les causaban dolores agudísimos y de asquerosas llagas que hacian de ellos un espectáculo de horror. La sagrada Escritura nos dice si tocó á la persona de Faraon esta plaga, y es regular que no le comprendiese, porque no hizo caso de ella, y teniendo poca cuenta con los inmensos dolores que sufrían sus súbditos, continuó en su endurecimiento y no dejó salir al pueblo.

Sétima plaga.

Moisés por orden de Dios se presentó á Faraon por la octava vez pidiendo la libertad de Israel, y negándose Faraon, levantó Moisés su vara y luego se cubrió el cielo de una negra nube, comenzaron á oirse truenos espantosos, á caer pedrisco y á cruzarse los rayos sobre la tierra. El granizo y el fuego discurrían mezclados. Jamás se habia visto en Egipto cosa semejante. Los hombres y los animales que se hallaron en el campo todos

perecieron, las plantas se destruyeron y los árboles se desgajaron. Con esto, aterrado Faraon, mandó llamar por tercera vez á Moisés y Aaron, y les dijo: He pecado aun esta vez. El Señor es justo. Yo y mi pueblo somos impíos. Rogad para que cesen los truenos de Dios y el granizo, para que os deje ir y de ningun modo permanezcáis mas aquí. Moisés se lo prometió, pero veo, añadió, que ni tú, ni tus siervos teméis aun á Dios. Moisés oró al Señor y cesaron los truenos y los granizos; pero Faraon, al ver que habian cesado, aumentó su pecado endureciéndose mucho mas, y no dejó ir á los hijos de Israel.

Octava plaga.

Moisés y Aaron se presentaron por orden del Señor á Faraon la novena vez, y le dijeron: Esto dice el Señor de los Hebreos: ¿Hasta cuándo no quieres sujetarte á mí? Deja ir á mi pueblo para que me ofrezca sacrificio: mas si aun resistes y no quieres dejarle ir, hé aquí que mañana enviaré la langosta á tus términos, la cual cubrirá la superficie de la tierra de modo que nada de ella aparezca, para que sea comido lo que hubiere quedado despues del granizo: porque roerá todos los árboles que hay en los campos y llenará tus casas y las de tus siervos y las de todos los Egipcios, cuanta nunca vieron tus padres y abuelos desde que nacieron hasta este dia; y se apartó Moisés y salió de con Faraon. Entonces sus siervos le dijeron: ¿Hasta cuándo sufrirémos este escándalo? Deja ir á esos hombres para que sacrifiquen al Señor su Dios. ¿Acaso no ves que ha perecido Egipto? Y volvieron á llamar á Moisés y Aaron delante de Faraon, el cual les dijo: Id, sacrificad al Señor vuestro Dios. Pero ¿quiénes son los que han de ir? Irémos, dijo Moisés, con nuestros niños y ancianos, con nuestros hijos é hijas, con nuestras ovejas y vacas, porque es una solemnidad del Señor nuestro Dios. Tan así, dijo Faraon, con una

imprecacion llena de ironía y burla, tan así sea el Señor con vosotros, como yo os dejaré ir con vuestros niños. ¿Quién duda que pensais pésimamente? No será como lo pedís. Mas id solamente los hombres y sacrificad al Señor, pues esto es, dijo, añadiendo á la negativa la mentira, lo que vosotros mismos habeis pedido, y con esto Moises y Aaron fueron echados de la vista de Faraon. Entonces extendió Moises su vara sobre la tierra de Egipto y vino una multitud tan asombrosa de langosta, que no se habia visto ni se volverá á ver jamás. Cubrieron, á manera de una espantosa nube, todo el reino. Cayeron sobre él y ocuparon de tal suerte la tierra que nada se veía de su superficie. Todo lo devastaron. Devoraron la yerba, las plantas, las hojas de los árboles, y sus frutos... cuanto habia perdonado el granizo; y no quedó cosa verde en toda la tierra de Egipto. Se llenaron de langosta los palacios y las casas, y cubrieron sus paredes, sus techos y sus pavimentos. Mordian á los hombres y les causaban agudísimos dolores, y aun hacian morir á muchos. Faraon no pudo sufrir tantos estragos y tan general devastacion. Llamó á toda prisa á Moises y Aaron y les dijo: He pecado contra vuestro Dios y vosotros. Mas perdonad mi pecado aun esta vez, y rogad al Señor que aparte de mí esta muerte. Oró Moises al Señor, y luego sopló un recio viento del poniente y sepultó toda la langosta en el mar Rojo, sin que quedase ni una sola en Egipto. Pero Faraon se endureció y no dejó ir á Israel.

Nona plaga.

Moises, por órden del Señor y sin presentarse á Faraon, extendió su mano hácia el cielo y al momento quedó Egipto envuelto en horribles tinieblas por tres dias, y sumergido en una noche impenetrable. Su oscuridad era tal que solo podia compararse con la del infierno. Ningun Egipcio vió á otro Egipcio en aquella larga y

espantosa noche. Ninguno pudo moverse del sitio en que le sorprendió la oscuridad. Ninguna luz pudo alumbrar sino unos fuegos repentinos y pavorosos que les llenaban de horror. Á la luz de estos rayos entreveían espectros y animales espantosos, y estaban con los ojos cerrados por no ver aquellas horrendas figuras. Oían los silbidos del viento y de lasserpientes; y el bramido de las bestias, que resonando por los montes y peñascos les hacian caer desmayados; y el que caía quedaba como preso atado con cadenas sin poder volverse á mover. Era en fin una noche horrible venida de lo mas profundo del abismo. Todo esto no es mas que una pintura abreviada de la que nos hace el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría. Apenas cesaron estas horribles tinieblas, que tenían espantados y aprisionados á todos los Egipcios, desde el rey hasta el último vasallo, Faraon llamó á Moises y Aaron, y les permitió la salida de Israel y de cuanto les pertenecia, exceptuando las ovejas y las vacas que quedarian en Egipto; pero Moises contestó con firmeza, que no quedaria ni siquiera una pezuña en Egipto. Faraon se endureció con esta contestacion, y sobre negarse á permitir la salida de Israel, dijo á Moises: Retírate de mí, y guárdate de ver mas mi semblante. En cualquier dia que te presentes delante de mí, morirás. Así será como lo has dicho, respondió Moises. No veré mas tu semblante; pero antes de separarme de ti, oye lo que dice el Señor: En medio de la noche saldré por Egipto, y morirá todo primogénito en la tierra de los Egipcios desde el primogénito de Faraon hasta el primogénito de la esclava, y tambien los primogénitos de las bestias, y se levantará gran clamor en toda la tierra de Egipto, cual nunca hubo ni ha de haber despues. Entonces bajarán á mí, dijo Moises, todos tus siervos, y me instarán para que salga con todo mi pueblo. Y con esto Moises salió muy enojado de la presencia de Faraon.

Décima y última plaga.

Moisés dió aviso á todos los Israelitas , hombres y mujeres , ancianos y niños , para que se reuniesen en la tierra de Gesen , en la ciudad de Ramesés y sus contornos , llevando consigo todos sus ganados y bienes . Luego que estuvieron reunidos , publicó el modo con que el Señor queria que celebrasen la Pascua ó paso del Señor , quitando la vida á los primogénitos . En él se ordenaba que cada cabeza de familia tomase el día diez un cordero de un año y sin mancha , y en su defecto , un cabrito tambien de un año y sin mancha ; y que el día catorce del mismo mes le sacrificase al Señor y rociase con su sangre los postes y el dintel de la portada de su casa ; que si la familia no fuese suficiente para comerle todo en una comida , convidase á la familia mas cercana para comerle ; que no le comiesen ni crudo , ni cocido , sino asado , y que si aun sobraba , lo consumiesen en el fuego ; que solo usasen en esta comida de pan ázimo ó sin levadura , y de lechugas amargas ; que para comerle se vistiesen de caminantes , se ciñesen bien sus ropas , se calzasen sus zapatos y botines , tomasen báculos en las manos , y le comiesen de pié y de prisa ; que en aquella noche pasaria el Señor quitando la vida á todos los primogénitos de Egipto , pero que no tocaria en las casas cuyas portadas estuviesen rociadas con la sangre del cordero . Los hijos de Israel lo hicieron como lo habia dicho Moisés , y cuando estuvieron señaladas con la sangre del cordero las portadas de las casas de los hijos de Israel y concluida la cena pascual , en medio de la noche hirió de muerte el Señor á todos los primogénitos de Egipto , desde el primogénito de Faraon que se sentaba en su trono , hasta el primogénito de la esclava que estaba en la cárcel ; y tambien hirió á todos los primogénitos de las bestias .

La muerte de esta multitud se ejecutó de un modo espantoso , segun la pintura que de ella nos hace el libro de la Sabiduría . El ángel exterminador se presentaba como un asombroso gigante , que , teniendo sus piés en la tierra , tocaba con la cabeza en el cielo , y venia armado de una terrible espada que llevaba consigo el exterminio . Se hallaban sorprendidos de repente de esta vision espantosa y cercados de temores horribles . Luego recibian el golpe mortal , cayendo por todas partes medio vivos , para mostrar entre las agonías de la muerte la causa de su exterminio . Los padres , los hermanos , y todas las familias acudian á sus gritos , y presenciaban el lastimoso espectáculo de su muerte . En todo Egipto se oía á un tiempo el lamento de los hijos que morian , y los alaridos de los padres que lloraban . En medio de aquella noche de horror murió todo lo mas esclarecido de Egipto , que eran sus primogénitos . Tambien gemian y bramaban moribundos los primogénitos de todos los animales que morian en todo el reino y aumentaban el horror con sus bramidos . Era espantoso el clamor en todo Egipto , porque no habia casa donde no se hallase un muerto . Faraon vió su palacio regado con la sangre del hijo que se sentaba con él en su trono , y con la de los primogénitos de todos sus cortesanos ; y á pesar de haber arrojado á Moisés de su presencia en la última entrevista , condenándole á morir si volvia á presentarse , se vió precisado á llamarle . Moisés habia protestado en aquella ocasion que no volveria á ver á Faraon , que no volveria á presentarse á él por su voluntad ; pero siendo ahora llamado se presenta á concluir la pelea que ha sostenido por espacio de medio año para sacar á los hijos de Israel de su cautiverio . Faraon llamó en aquella noche no solo á Moisés sino tambien á Aaron , y les dijo : Daos prisa . Salid de mi reino , vosotros y los hijos de Israel , y llevad vuestros ganados . Los Egipcios tambien por su parte , temiendo morir todos , estrechaban á los Israelitas para que saliesen al momento , y estos se vieron precisados á

envolver en mantas la harina que tenían medio amasada y á emprender su viaje cargándola sobre sus hombros.

FIN DEL CAUTIVERIO.

El año de dos mil cuatrocientos treinta y ocho de la creacion del mundo, cuatrocientos treinta de la vocacion de Abraham, y doscientos quince de la bajada de Jacob á Egipto, salió toda la multitud de los hijos de Israel de la ciudad de Ramesés, cerca de seiscientos mil hombres de veinte años y arriba, sin contar los ancianos y las mujeres, la juventud de veinte años abajo, la niñez, ni una multitud de alienígenas que se habían unido á ellos y les seguían; de modo que todos vendrían á formar un pueblo de tres millones á lo menos, siendo bien prodigioso, que no había en tan grande multitud ni un solo enfermo ó impedido, que no pudiese seguir las marchas. Al apuntar el alba, y mientras que los Egipcios estaban ocupados en enterrar sus muertos, sacó el Señor á los hijos de Israel de la cautividad de Egipto, formados en escuadrones de tribus, casas y familias. Precedían los rebaños de toda clase de ganados en muy gran número. Seguían armados los hombres de veinte años y arriba, y despues iba el resto del pueblo, todo con el mas bello orden. Moisés cuidó tambien de llevar los huesos de José, segun se le había prometido al tiempo de morir. Su primera jornada fué á Socot, adonde llegaron temprano, y pasaron el resto del dia y toda la noche; y habiendo partido de Socot á buena hora, acamparon en la ciudad de Etam, en los últimos confines del desierto. El Señor iba delante de ellos mostrándoles el camino por el dia en una columna de nube que les hacia sombra, y por la noche en una columna de fuego que les alumbraba; y

nunca faltó la columna de nube de dia y la de fuego de noche, hasta que entraron en la tierra prometida. De Etam pasaron á Fihairot, y sentaron su campo junto al mar Rojo. Aquí se hallaron los Israelitas cerrados por el mar y los montes del desierto. Se dió aviso á Faraon, no solo de que había salido el pueblo hebreo, sino tambien de la situacion en que se hallaba. Su corazon se mudó y tambien el de sus cortesanos, y dijeron: ¿Qué hemos querido hacer dejando ir á Israel para que no nos sirviese? Inmediatamente mandó Faraon uncir su carroza, y tomó consigo todas las fuerzas de su reino, que, segun unos, subían á doscientos mil soldados de á pié, y cincuenta mil de á caballo, y segun otros, á un millon de todas armas, y siguiendo el camino que habían llevado los Israelitas, les encontraron acampados sobre la orilla del mar. Cuando los Israelitas vieron á Faraon y todo su ejército, temieron en extremo, porque se hallaban entre dos cadenas de montes á derecha é izquierda: tenían delante el mar, y á la espalda el ejército de Faraon. Su primer movimiento fué clamar al Señor; pero dejándose llevar despues de su pusilanimidad y de una injustísima desconfianza, se dirigieron contra Moisés y le dijeron: ¿Quizás no había bastantes sepulcros en Egipto y por eso nos has traído á morir en el desierto? Este lenguaje irónico é insultante ofendia mucho al Señor y ultrajaba á su ministro. Sin embargo, Moisés excusó á los culpados con el exceso de su temor, y para animarlos les dijo: No queráis temer; estad firmes y veréis las maravillas del Señor; pues los Egipcios, que ahora veis, ya jamás los volveréis á ver. El Señor peleará por vosotros y vosotros callaréis. Con esto les mandó que siguiesen su marcha, y entonces la columna que les precedía y guiaba, se levantó y fué á ponerse detrás de ellos, cubriéndoles de tal modo que no fué posible al ejército de Faraon volver á verles. La nube se presentó desde este momento tenebrosa por la parte que miraba á los Egipcios, y luminosa por la de los Israelitas, los cuales ca-